

CAPITULO CCXXXI.

Muerte del Príncipe.—Derrota sufrida por el príncipe de Condé en Lérida.

Sin embargo, no era culpable de abandono en estos momentos el de Leganes.

Por el contrario, toda aquella indiferencia obedecía á un plan perfectamente dispuesto sin duda, toda vez que los resultados no pudieron ser mejores.

Un día el Marqués dió orden para verificar una retirada sin fundamento alguno, y que llenó de asombro á sus oficiales, y lanzando á sus tropas por unos desfiladeros, haciéndoles dar un gran rodeo, lo cual produjo no pocas murmuraciones y críticas, hasta que al cabo las arrojó sobre el enemigo.

Ni los castellanos sospechaban que tal fuese la idea del general, ni los franceses podían presumir que los que iban retirándose pudieran verificar semejante maniobra.

Descuidados por completo se hallaban, no sospechando, ni remotamente, ser objeto de una acometida tan vigorosa, y al sentirse atacados con tal violencia, no supieron ó no pudieron resistir.

Rotas las líneas francesas, bien pronto el ejército enemigo quedó completamente desordenado, emprendiendo inmediatamente la retirada.

Los trabajos del sitio, las repetidas fatigas prolongadas por espacio de seis meses, habían ya causado multitud de bajas en el ejército sitiador, así es que uniéndose á éstas las ocasionadas por la acometida de los castellanos no podrá parecer exagerada la cifra de ocho mil hombres á que había quedado disminuido el ejército de Harcourt desde que comenzó el cerco.

Veinte y dos mil hombres contaba éste cuando dió principio el asedio, y únicamente catorce mil pudo reunir en su retirada, retirada que, como puede comprenderse perfectamente, había de abatir en gran manera el ánimo de los catalanes.

Por el contrario, el de Leganes con semejante golpe rehabilitó su mal parada fama, alentando á los suyos y levantando el espíritu de las poblaciones que no habían tomado una parte ostensible en el alzamiento.

El Monarca, despues de este hecho de armas, regresó á Zaragoza, donde había de experimentar en breve una pérdida sumamente sensible, pérdida que, recordándole otra dolorosísima experimentada poco tiempo antes, había también de producir hondo disgusto en la nación.

El príncipe Baltasar Carlos, aquel á quien su padre había conducido de unas á otras Cortes para que se le reconociese y se le jurase, la esperanza que había para sucederle en el trono, enfermó de repente y el día 9 de octubre de 1646 falleció.

Por do quiera fué extraordinario el efecto producido por este suceso, y el Monarca, presa del mayor desconsuelo, hubo de regresar á Madrid.

Dos de sus expediciones habían presenciado las dos muertes de la Reina y del heredero del trono, y parecía que el sentimiento del esposo y del padre habían de ser extraordinarios.

Mas, por el contrario, todos los historiadores están conformes en que, aún cuando sumamente abatido en los primeros momentos, consolóse con sobrada presteza.

Semejante conducta, que desdecía de una manera notable de los sentimientos que como esposo, como padre y como rey debiera tener, no era la más á propósito para satisfacer á sus pueblos, que realmente habían deplorado aquellas dos pérdidas.

Segun hemos dicho en otro lugar de este mismo capítulo, Felipe IV, que no había hecho más que un breve paréntesis en su habitual existencia, tornó otra vez á los devaneos, si algo disculpables en la juventud, altamente vituperables en la edad madura, y mucho más cuando la persona entregada á ellos estaba á la altura que Felipe.

El nuevo favorito, D. Luis de Haro, tornaba como en otro tiempo el conde-duque de Olivares á despachar los negocios, y el Rey, separándose por completo de los Consejos, y dando de mano á los afanes que hasta entonces demostrara, lo abandonaba todo al valido que, más atento á sus amigos que á la justicia y á la razon, concitaba ya contra sí odios y murmuraciones.

El nuevo período en que había entrado la existencia del Monarca traslucióse bien pronto en lo reacio que se mostró para salir á inaugurar la campaña de 1647.

Era preciso no desaprovechar los efectos producidos por la brillante acción del marqués de Leganes; mas las distracciones de que el Rey se hallaba rodeado, los recreos á que se entregaba sin duda para distraerse de las pérdidas que había experimentado, placíanle más que las fatigas de la campaña.

El nombramiento hecho en la persona de su hijo bastardo don Juan, segun manifestamos en otra parte, contribuyó también á aumentar el escándalo, y natural era que el país, que estaba haciendo tan costosos sacrificios, no se mostrase satisfecho viendo que quien debía apreciarle más era precisamente quien estaba contribuyendo á su ruina y malestar.

Ascendido el de Haro al favor del Monarca, y entregados á su cargo los graves asuntos que habían de ocupar principalmente su atención, hubo de elegir los preferentes para ocuparse de ellos con más atención que de los demas.

Dábale cuidado la caída de su tío, en cuyo destino podía leer el suyo, y deseoso de poner de su parte cuantos medios fuesen posibles para evitarlo, ó cuando ménos para alejarlo, hombre de buena voluntad, ante todo, se aplicó con grande ahinco á desempeñar todos los cuidados que la incuria y el abandono del Rey dejaban á su direccion.

Juzgó el nuevo favorito que merecían atenderse, ántes que ninguna otra cosa, las guerras que España tenía empeñadas, por lo cual se dedicó á buscar por todas partes recursos para continuarlas con vigor, y entre ellas mereció su atención, con preferencia á las demas, la de Cataluña, porque en ella se combatía, más que en ninguna de las otras, por la integridad del reino, pues si bien Portugal estaba en el mismo caso, formaba parte de la corona de España hacia cuarenta años solamente.

Hemos visto ya que las Cortes hacían todos los esfuerzos imaginables para allegar recursos y votar servicios, cargando á los pueblos con más peso del que podían llevar, y exponiéndose á que, abrumados de tanta carga, se negasen á todo, sublevándose contra quien exigía de ellos más de lo que podían dar.

Y sin embargo, no se podía pasar por otro punto; las circunstancias del Principado se ponían cada día más graves, y si no se acudía pronto podía temerse con fundamento que la frontera francesa se trasladase al Ebro.

Francia, con el afán de lavar la afrenta que Harcourt había sufrido delante de Lérida, había enviado á Cataluña al general á cuya pericia militar debían las banderas de Luis XIII sus mayores glorias, al príncipe de Condé, con otros generales de los que hacían la guerra en Flandes.

Determinó el Príncipe recobrar el buen nombre de sus armas sobre los mismos lugares en que habían sufrido la derrota, y en consecuencia comenzó á prepararlo todo para sitiar de nuevo á Lérida.

Conservábase aún parte de las líneas de circunvalacion que el año anterior había construido Harcourt, siéndole de esta suerte más fácil á Condé concluir los trabajos de sitio ántes que hubiese pasado el mes de mayo.

Terminados aquellos preparativos, se comenzaron las verdaderas hostilidades contra la plaza, y los sitiadores tardaron poco en abrir brecha en sus murallas por dos lados.

Había dentro de la plaza tres mil veteranos españoles á quienes mandaba el portués D. Antonio Brito, gobernador militar de capacidad y experiencia probadas, que sabía con aquella escasa guarnicion acudir á todas partes é inspiraba á sus veteranos el ardiente valor con que rechazaban sin cesar los continuos ataques de los franceses, con tal tino, que siempre eran arrojados dejando multitud de muertos.

Imposible parece que con tan escaso número de fuerzas, aún las encontrase el intrépido gobernador suficientes para verificar continuas salidas.

Más de seis ordenó y ejecutó aquel valeroso militar, causando en todas ellas destrozos tales á los sitiadores, que asombrado el Príncipe, y desesperado de poder tomar la plaza, viendo que las enfermedades diezaban al mismo tiempo sus tropas, reunió á sus oficiales en consejo y determinaron abandonar el sitio.

La gloria del príncipe de Condé quedó oscurecida ante los muros de Lérida, contra todas las esperanzas de los franceses, que habían esperado en su valor y fortuna.

El día 18 de junio tendieron los enemigos de la casa de Austria un puente de barcas sobre el Segre, repusieron el río, permaneciendo inactivos todo el resto del verano en los alrededores de Lérida, pues á causa de los excesivos calores eran imposibles toda clase de operaciones.

Estableció el príncipe de Condé su cuartel general en las Borjas, pernctando en él hasta el mes de setiembre.

Esta victoria fué tanto más notable cuanto era conseguida sobre el gran Condé, cuyos laureles recordaban las gloriosas victorias de Rocroy, de Thionville, de Fribourg, de Norlinga y de Dunkerque, guerrero de quien el célebre crítico frances Voltaire decía que había nacido general, y á quien el sabio y famoso orador Bossuet en una oracion fúnebre celebró como el hombre más consumado en el arte de la guerra que había en su tiempo.

Entre tanto ¿qué hacían las tropas de Felipe IV? ¿cómo se encontraba abandonado el heróico Brito?

Parecía que no existiese ejército ninguno en las fronteras, nadie se movía, ni para llevar socorros á Lérida, ni para aprovechar las heroicas salidas de aquella valiente guarnicion.

Las causas de aquella inaccion y de aquel abandono eran consecuencias naturales y lógicas de la penuria por que la nación atravesaba.

Hacia poco tiempo que se había nombrado general del ejército de la frontera aragonesa el marqués de Aytona, cuya familia provenía de Cataluña y estaba entroncada con la noble casa de los Moncadas, inspirándole el mismo origen de su familia el más ardiente deseo de hacer algun servicio notable á la patria de sus mayores.



J. SERRA, LIP.

L. VIDAL, OLMO, 27.

EL DUQUE DE ORLEANS.

CAPITULO CCXXXII.

Cambio verificado en la opinion de los catalanes.—Guerra de Portugal.—Batalla de Montijo.

APÉNAS el general del ejército de Cataluña hubo recibido su nombramiento, apresuróse á marchar á fin de ponerse al frente de él y examinar su estado, y al encontrarse con un ejército menguado é inservible, con el cual nada podía tentarse ni esperar tampoco utilizarle, dió inmediatamente aviso al Rey, manifestándole el mal y proponiéndole los remedios.

La contestacion de Felipe IV fué ordenarle que marchase sin pérdida de momento sobre Lérida con la gente que tuviese, poca ó mucha; pero los aragoneses se negaban á salir á campaña si no venia el Rey á aquel reino como los años anteriores, razon por la cual no pudo ser obedecido.

No fué, sin embargo, Felipe IV, pero envió en su lugar á D. Luis de Haro, á fin de que pusiese término á la inaccion, con facultades para repartir abundantes gracias y mercedes entre los que sirvieran en la guerra.

Cuando el de Haro llegó á la capital de Aragón había ya Condé levantado el sitio de Lérida, siendo esta la primera noticia que pudo dar al Monarca.

Logró el de Aytona al fin reunir quince mil hombres, con los cuales pasó á Lérida y de allí á las Borjas á buscar á los franceses con intencion de darles la batalla; pero Condé practicó un movimiento sobre Bellpuig, con lo cual las tropas castellanas, poco disciplinadas ya, se desmoralizaron doblemente, y desconcertado el Marques repasó el Segre perseguido por los adversarios que pensaba derrotar y hubo de volverse á Aragón.

Prolongábase de este modo el tiempo y pasaban los años sin que los castellanos consiguiesen otra cosa en el Principado que sostener á Tarragona y Lérida.

Mas lo que las armas no podían conseguir venia preparándolo el desacierto de los gobiernos: notábase ya en este tiempo un profundo cambio en la opinion y en las inclinaciones de los catalanes, cuyos ánimos se iban apartando de los franceses, tanto como antes los habían deseado, y el disgusto iba acentuándose tan fuertemente como antes lo fuera la simpatía.

Tenia por causas, esta aparente veleidad, la conducta que los nuevos dominadores observaban con los que en ellos habían buscado un apoyo para defender sus justas quejas, conducta que producía otras nuevas, y excitaba su irritable carácter. Los soldados franceses no se conducían mejor que los castellanos, y sus jefes, olvidando los convenios estipulados con su Gobierno, ejercían exacciones y tiranías defendiendo las sórdidas granjerías de los recaudadores, y los vireyes, que debían evitar todos estos males, eran los primeros que tenían como letra muerta las leyes, fueros y libertades que habían jurado observar, y merced á lo cual obtuvieran las ventajas de que habían disfrutado.

Se hizo una representación á Luis XIV; vino un visitador general, pero los males aumentaron y la irritacion se convirtió en odio, y los catalanes comprendieron que al entregarse á Francia habían atraído sobre sí daños que no habían podido aguantar de su rey, y ahora tenían que soportarlos de un extraño.

El notable historiador D. Modesto Lafuente extracta lo que en aquel tiempo ya se imprimía sobre el estado de las cosas en las siguientes líneas:

«Poco ántes de la época á que llegamos en nuestra narracion, un ilustre catalan, el vizconde de Rocafort, conde de Peralada, marqués de Anglasola, escribió un libro titulado: *Presagios fatales del mando frances en Cataluña*, en el cual se hace una melancólica y horrible pintura de las tropelías de todo género que los franceses cometían en el Principado. No sólo menospreciaban y hollaban sus privilegios y leyes, sino que encarcelaban y daban muerte de garrote á los que con teson procuraban defenderlas y conservarlas. Ellos se apoderaban de la hacienda de los naturales, y obligaban á muchos á salir de Cataluña para tener pretexto de confiscarles los bienes; cogían el trigo de las eras mismas, para las provisiones del ejército; ponían precio á los granos, y cuando los naturales los pagaban á sesenta sueldos la cuartera, les obligaban á venderlos á los franceses á cuarenta; y cuando de estas y de otras injusticias se quejaban los paisanos, respondían ellos que á Cataluña venían á aprovecharse de la guerra, no á la conservacion del país. Y hablando de la lascivia de los soldados, dice este ilustre escritor. «En prueba de esto están las ventanas por donde ha sido fuerza echarse á las mujeres por escaparse, las iglesias adonde se han habido de retirar, el insolente atrevimiento de pedir á los jurados y bailes de los lugares les diesen mujeres para abusar de ellas, hasta llegar á pedirles á sus propios maridos; el aterrorizarlos con que los matarían, y llevarlos á matar por quererlas defender; accion de tanto sentimiento para la nacion catalana, que ella sola basta, cuando faltasen todas, para tener con ira los corazones más empedernidos.» Por último, al final de su libro inserta un largo catálogo nominal de las personas principales de Cataluña, señoras, duques, marqueses, condes, señores de vasallos, nobles, caballeros, prelados, eclesiásticos, religiosos, consejeros, doctores, oficiales de guerra y otros desterrados y encarcelados, ó que habían perdido las vidas ó las haciendas, ó los empleos y dignidades.»

Otro escritor moderno, cronista de las cosas de Cataluña en

aquel tiempo, tratando tambien de este mismo asunto que, como vemos, era sobradamente importante para la cuestion que por tantos años traía separadas aquellas ricas provincias de la corona española, dice así:

«Tiempo hacía que los franceses y los catalanes no iban de acuerdo, porque no cuidándose aquéllos de los males que sufría la provincia, distaban mucho de guardarle las consideraciones que justamente merecía. Propalaban que, debiéndose los triunfos que se obtenían sobre los castellanos á la cooperacion de sus armas y á la destreza de sus capitanes, el país había en cambio de acceder solicitado por gratitud á sus exigencias. Diéronse á todo género de desmanes: iban merodeando descaradamente por las comarcas, tomaban á la fuerza lo que no se les cedía de buen grado, malbarataban las cosechas, y en Igualada llegaron en cierta ocasion á tal punto de desorden, que ni respetaron el hogar del ciudadano, ni el sagrado de los templos, ni el pudor de las mujeres, ni la invalidez de los ancianos. La soldadesca indisciplinada adolece siempre del mismo defecto: las influencias nacionales no modifican en esta parte su carácter. Harto empezaron á conocer los catalanes cuán pesada carga es para un país un ejército extranjero, por más que lo ocupe á fuer de aliado: lamentábase del silencio y apatía de los jefes franceses, de cuya mano dependía la represión de tales desafueros, y elevaban á la corte de Paris exposiciones lastimosas.»

No se manifestaba ménos en Portugal que en Cataluña el estado de decadencia por que atravesaba la nacion de los Reyes Católicos y de Carlos V. Parecíase España al hombre cuya postracion ha llegado á tal punto, que ni fuerzas, ni alientos, ni esperanzas le quedan para aliviar su mal.

Ocupada la atencion de Felipe IV por tantos graves asuntos no acudia á ninguno, perdiendo su tiempo en devaneos y abandonando los negocios en manos de sus favoritos, de igual manera que había hecho durante la privanza de Olivares.

La pérdida de uno de los mejores trozos de la Península no fué aún bastante para atraerle al cuidado de sus intereses, y las fronteras de Portugal no vieron á su Rey en todo el tiempo que duró la guerra.

A favor de la debilidad del gobierno de España, Juan IV de Braganza, empleando la prudencia y suavidad, se iba asegurando en el trono.

Puede decirse que hasta cuatro años de haber subido á él no hubo verdadera guerra, si merece el nombre de tal la que pudo hacer un ejército de siete mil hombres de todas armas, que de este número no logró pasar nunca el de las tropas que con el mayor trabajo y esfuerzo consiguió reunir el marqués de Torrecusa, que en aquella parte mandaba.

Doce mil hombres contaba el de los portugueses, incluidos los auxiliares franceses y holandeses que se le habían unido, á quienes mandaba D. Matías de Albuquerque, que intentaba con ellos amenazar á Badajoz, para lo cual se internó en territorio castellano, tomó las villas de Montijo y Membrillo, taló los campos, incendió los pueblos, aterró toda aquella comarca con la conducta que observaba y la audacia de que hacía alarde, y marchó contra las tropas de Torrecusa, resuelto á medir con él sus fuerzas.

Este llamó á consejo á sus oficiales, los cuales decidieron salir al encuentro del osado portugues para detener sus pasos y castigar su temeridad.

Había hecho Albuquerque su correría con ocho mil hombres, Torrecusa no tenía tanta fuerza, pero marchó decidido al enemigo.

Encontráronse ambos ejércitos en Montijo, ganosos de pelear: arengó el portugues á los suyos, recordándoles la gloriosa victoria de Aljubarrota.

Trabóse la pelea, y en ella se combatió por ambos lados con ardor y con ira, recordando las antipatías que á los dos pueblos separaban ya de antiguo.

Las pérdidas que portugueses y castellanos tuvieron fueron considerables: aquéllos dejaron en poder de éstos su artillería, quedando destrozados los dos ejércitos, pero atribuyéndose cada uno la victoria, de modo que se celebró con regocijos y fiestas en Madrid y en Lisboa.

Debió, sin embargo, obtener mayor ventaja el castellano en razon á que Torrecusa tomó despues algunos pueblos á su adversario, si bien fueron poco importantes.

Continuaban con el mando por la parte de Galicia el marqués de Tabara, y el duque de Alba por Ciudad-Rodrigo, mas nada hicieron que merezca mencionarse, sino fueron tentativas de escasa importancia para el resultado de la guerra, pero que animaban y destruían los pueblos.

De esta suerte continuó con languidez la guerra los años siguientes, y no podía tampoco ser de otro modo, porque toda la atencion se dirigía contra Cataluña, y, lo mismo que en este punto los generales se cambiaban con una rapidez y una facilidad extraordinarias, lo cual, como puede comprenderse perfectamente, no podía ser beneficioso para el buen éxito de las operaciones, pues cada uno de ellos inauguraba su mando con planes distintos de campaña.



J. SERRA. LH.

LH. VIDAL. Oims. 27

BATALLA DE MONTIJO.